Turismo 12
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 31 DE MARZO DE 2002

BANGKOK



Noticiero

Paseo en Recoleta

La Agrupación Buenos Aires Antiguo realizará mañana, 1° de abril, una visita guiada por el barrio de Recoleta. A partir de las 16 y saliendo del gomero histórico de Ortiz y Quintana, la recorrida incluye los puntos principales y la historia del barrio, y los palacios de avenida Alvear. El paseo –que habitualmente se realiza los domingos– cuesta cinco pesos. Informes y reservas al 15-5342-1547 o 15-4065-0822.

Qantas, vía Chile

La aerolínea Qantas suspenderá a partir del 1° de julio sus dos vuelos semanales a Sydney desde Buenos Aires vía Auckland con aviones propios, y los reemplazará con tres vuelos semanales –lunes, miércoles y sábado– compartidos con su socio LanChile vía Santiago, usando aviones de la línea sudamericana.



La capital tailandesa muestra una interesante r

Sagr

Una rutilante ciudad donde conviven dos universos antagónicos que combinan una impronta cultural milenaria y un exótico modernismo. Majestuosos rascacielos y un universo de templos salidos de un cuento de hadas; los mercados callejeros del Chinatown y los shopping centers más deslumbrantes del sudeste asiático; autopistas aéreas y canales para botes de madera. Una ciudad que hace apenas dos siglos era una pequeña aldea pantanosa y hoy es una de las capitales del mundo globalizado. Y además –increíblemente–, sigue siendo las dos a la vez.

POR JULIAN VARSAVSKY

La primera imagen es de desconcierto. Bajo un sol demencial, dos policías con barbijo y sombrero juegan a ordenar un tránsito condenado a atascarse de la peor manera. Entre los autos avanzan los "tuk-tuk", esas moto-taxis techadas que polucionan todo a su paso con los torpedeos del caño de escape. Ni siquiera el viajero más experimentado puede intuir que ese choque frontal contra la ciudad de Bangkok es algo así como la fuerte palmada que recibe un bebé al salir del vientre materno, que lo despierta a un universo rutilante y lleno de contrastes.

Desde la autopista aérea que nace dentro del aeropuerto de Bangkok, la primera imagen tras la ventanilla del automóvil es un infinito mar de casas. En las terrazas reluce un altar budista con una pequeña "casa de los espíritus" que está presente en todo hogar tailandés. Y cada tanto, en el lugar más inesperado, sobresalen los empinados techos cóncavos a dos aguas característicos de la arquitectura budista en el sudeste asiático. Semejantes destellos de color dorado y esmeralda desorientan al recién llegado, que observa todo con los ojos entrecerrados por el excesivo brillo del sol. Con refinada sutileza, se van perfilando las dos caras de Bangkok: una diabólica y otra genuinamente angelical. Pero nada presagia que, en cuestión de horas, esta ciudad va a estallar en una infinita gama de colores tropicales entre los vericuetos de un antiguo mercado de frutas, a los pies de un Buda de oro, o al dialogar sobre teología con un monje de túnica naranja en los jardines de un templo. Un desafiante enigma se presenta para ser descifrado; el de una urbe que hace apenas dos siglos era una pequeña aldea pantanosa y hoy es una de las capitales del mundo globalizado. Y además –increíblemente–, sigue siendo una y otra a la vez.

SOMBRAS CHINESCAS El espectro milenario de la cultura china ha sobrevolado todo el continente asiático desde la época de las primeras dinastías. Ya en 1782, al momento de ser declarada capital del reino, existía en Bangkok una importante comunidad china instalada a orillas del río. En Bangkok –como en tantos otros lugares– los chinos no se asimilaron a la ciudad, sino que lograron que ésta se adaptase a ellos, creando un típico barrio chino que parece un pedazo de Shangai en la década del 30, transplantado casa por casa.

El recorrido comienza por la superpoblada calle Sampheng, con su jungla de letreros chinos y negocios de venta de oro. Un rojo furioso recubre las paredes y vidrieras de las tiendas de oro, resaltando los fulgores de las doradas joyas. Al desviarnos hacia las adyacencias, descubrimos que el Chinatown es un complejo laberinto de callejuelas abarrotadas de gente, donde están camuflados los mercados más fascinantes de Bangkok. Cada mercado está bien separado del otro: las frutas por un lado, el sector de la ropa por el otro, en el extremo oeste los negocios de oro y, más allá, los pescados (dos manzanas de estrechos pasillos techados que llevan allí dos siglos). Pero también están los espacios de transición, donde una lujosa joyería es vecina de un negocio de inciensos o de fuegos artificiales. Durante la caminata brota una impetuosa mezcla de olores a carne de pato asada, pescado y fritanga, combinada con el aroma de frutas tropicales extrañas a los ojos de un occidental.

El Chinatown parece un gran mercado, pero también hay muchas casas de robusta madera atestiguando una antigüedad de 200 años. En una de ellas –de puertas abiertas– una adolescente sentada en el piso se dedica a moler granos con un rudimentario mortero de madera, mientras que a su lado el hermano navega por Internet con una computadora multimedia. A medida que recorremos cada recoveco de este laberinto con la complejidad de un mandala, entramos y salimos de un mismo mercado varias veces sin darnos cuenta. En el camino aparecen tiendas de medicina tradicional china, abarrotadas de hierbas y raíces, y algunos templos budistas de techo rojo con los fieles rezando de rodillas entre el humo de los inciensos. Los negocios de antigüedades ofrecen Budas de bronce herrumbrado, bastones tallados con forma de dragón y jarrones chinos de tamaño gigante *(por $ 600 se puede comprar uno, con flete internacional incluido).*

Por momentos el Chinatown se torna caótico, con la multitud sumida en el ruidoso arte del regateo. En medio de estridentes melodías musicales que brotan de algunos negocios, una serie sorprendente de imágenes desfila ante nosotros como en un vertiginoso zapping: langostas de mar vivas de color celeste, cangrejos rojos que atenazan el pantalón de un turista distraído, toda clase de peces "vivitos y coleando", huevos rosados, cabezas de gallina y una suculenta brochette de escarabajos que parece confirmar la teoría de que los chinos no le hacen asco a nada a la hora de la comida. También el tránsito de personajes es incesante: numerosos monjes de túnica color azafrán recorren una cuadra donde los vendedores de collares y pequeñas reliquias budistas colocan su mercancía sobre la acera. Los monjes, con ayuda de una lupa, observan la autenticidad de las piezas con suma atención antes de negociar. A un costado, un forzudo con todo el cuerpo tatuado con símbolos de la astrología china abre cocos a machetazos y, para completar la escena, un hindú con turbante rojo y poblados mostachos pasa caminando a la deriva. En el Chinatown no hay reglas preestablecidas. Y resulta de lo más natural que un negocio ofrezca videos eróticos con adolescentes y la histórica primera edición del *Libro Rojo* de Mao, apilados en el mismo estante.

LA CIUDAD SAGRADA Así como Pekín tiene su Ciudad Prohibida, Bangkok le va a la saga de cerca con su Gran Palacio y el templo del Wat Pho, un conjunto palaciego que combina una extraña mezcla de esplendor real y fe budista. La Ciudad Prohibida –en comparación– se caracteriza por sus líneas sobrias y proporciones gigantescas. En cambio, la ciudad real de Bangkok, que también está amurallada, es de tamaño más pequeño (218.400 metros cuadrados), pero estalla en obras de arte de colores blanco, dorado, naranja y turquesa. El ambiente parece extraído de un cuento de hadas y ningún otro conjunto de templos en Asia lo supera en colorido y esplendor. Estamos ante la "quinta esencia" de los templos tailandeses, sobrecargados hasta el paroxismo, con una barroca proliferación de cuadraditos multicolores de porcelana cubriendo cada centímetro de las paredes exteriores.



Danzas tradicionales en el palacio real, dentro de la ciudad amurallada.

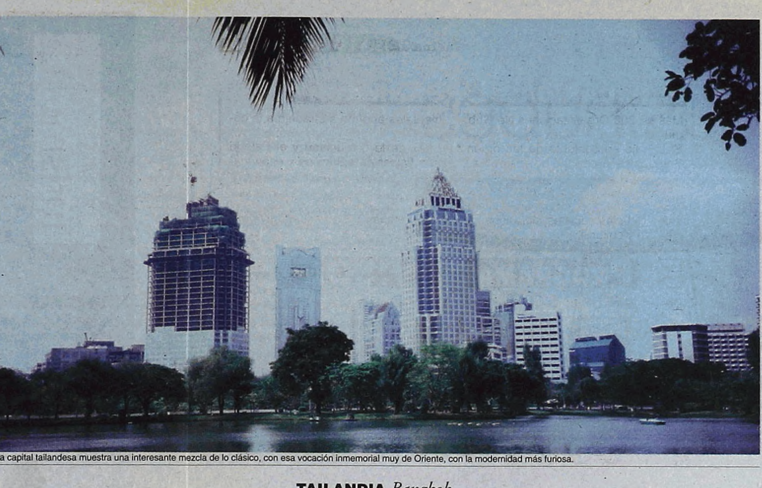
Noticiero

Paseo en Recoleta

La Agrupación Buenos Aires Antiguo realizará mañana, 1° de abril, una visita guiada por el barrio de Recoleta. A partir de las 16 y saliendo del gomero histórico de Ortiz y Quintana, la recorrida incluye los puntos principales y la historia del barrio, y los palacios de avenida Alvear. El paseo –que habitualmente se realiza los domingos– cuesta cinco pesos. Informes y reservas al 15-5342-1547 o 15-4065-0822.

Qantas, vía Chile

La aerolínea Qantas suspenderá a partir del 1° de julio sus dos vuelos semanales a Sydney desde Buenos Aires vía Auckland con aviones propios, y los reemplazará con tres vuelos semanales –lunes, miércoles y sábado– compartidos con su socio LanChile vía Santiago, usando aviones de la línea sudamericana.



La capital tailandesa muestra una interesante mezcla de lo clásico, con esa vocación inmemorial muy de Oriente, con la modernidad más furiosa.

TAILANDIA *Bangkok*

Sagrado y profano

Una rutilante ciudad donde conviven dos universos antagónicos que combinan una impronta cultural milenaria y un exótico modernismo. Majestuosos rascacielos y un universo de templos salidos de un cuento de hadas; los mercados callejeros del Chinatown y los shopping centers más deslumbrantes del sudeste asiático; autopistas aéreas y canales para botes de madera. Una ciudad que hace apenas dos siglos era una pequeña aldea pantanosa y hoy es una de las capitales del mundo globalizado. Y además –increíblemente–, sigue siendo las dos a la vez.

POR JULIAN VARSAVSKY

La primera imagen es de desconcierto. Bajo un sol demencial, dos policías con barbijo y sombrero juegan a ordenar un tránsito condenado a atascarse de la peor manera. Entre los autos avanzan los "tuk-tuk", esas moto-taxis techadas que polucionan todo a su paso con los torpedeos del caño de escape. Ni siquiera el viajero más experimentado puede intuir que ese choque frontal contra la ciudad de Bangkok es algo así como la fuerte palmada que recibe un bebé al salir del vientre materno, que lo despierta a un universo rutilante y lleno de contrastes.

Desde la autopista aérea que nace dentro del aeropuerto de Bangkok, la primera imagen tras la ventanilla del automóvil es un infinito mar de casas. En las terrazas reluce un altar budista con una pequeña "casa de los espíritus" que está presente en todo hogar tailandés. Y cada tanto, en el lugar más inesperado, sobresalen los empinados techos cóncavos a dos aguas característicos de la arquitectura budista en el sudeste asiático. Semejantes destellos de color dorado y esmeralda desorientan al recién llegado, que observa todo con los ojos entrecerrados por el excesivo brillo del sol. Con refinada sutileza, se van perfilando las dos caras de Bangkok: una diabólica y otra genuinamente angelical. Pero nada presagia que, en cuestión de horas, esta ciudad va a estallar en una infinita gama de colores tropicales entre los vericuetos de un antiguo mercado de frutas, a los pies de un Buda de oro, o al dialogar sobre teología con un monje de túnica naranja en los jardines de un templo. Un desafiante enigma se presenta para ser descifrado; el de una urbe que hace apenas dos siglos era una pequeña aldea pantanosa y hoy es una de las capitales del mundo globalizado. Y además –increíblemente–, sigue siendo una y otra a la vez.

SOMBRAS CHINESCAS El espectro milenario de la cultura china ha sobrevolado todo el continente asiático desde la época de las primeras dinastías. Ya en 1782, al momento de ser declarada capital del reino, existía en Bangkok una importante comunidad china instalada a orillas del río. En Bangkok –como en tantos otros lugares– los chinos no se asimilaron a la ciudad, sino que lograron que ésta se adaptase a ellos, creando un típico barrio chino que parece un pedazo de Shangai en la década del 30, transplantado casa por casa.

El recorrido comienza por la superpoblada calle Sampheng, con su jungla de letreros chinos y negocios de venta de oro. Un rojo furioso recubre las paredes y vidrieras de las tiendas de oro, resaltando los fulgores de las doradas joyas. Al desviarnos hacia las adyacencias, descubrimos que el Chinatown es un complejo laberinto de callejuelas abarrotadas de gente, donde están camuflados los mercados más fascinantes de Bangkok. Cada mercado está bien separado del otro: las frutas por un lado, el sector de la ropa por el otro, en el extremo oeste los negocios de oro y, más allá, los pescados (dos manzanas de estrechos pasillos techados que llevan allí dos siglos). Pero también están los espacios de transición, donde una lujosa joyería es vecina de un negocio de inciensos o de fuegos artificiales. Durante la caminata brota una impetuosa mezcla de olores a carne de pato asada, pescado y fritanga, combinada con el aroma de frutas tropicales extrañas a los ojos de un occidental.

El Chinatown parece un gran mercado, pero también hay muchas casas de robusta madera atestiguando una antigüedad de 200 años. En una de ellas –de puertas abiertas– una adolescente sentada en el piso se dedica a moler granos con un rudimentario mortero de madera, mientras que a su lado el hermano navega por Internet con una computadora multimedia. A medida que recorremos cada recoveco de este laberinto con la complejidad de un mandala, entramos y salimos de un mismo mercado varias veces sin darnos cuenta. En el camino aparecen tiendas de medicina tradicional china, abarrotadas de hierbas y raíces, y algunos templos budistas de techo rojocon los fieles rezando de rodillas entre el humo de los inciensos. Los negocios de antigüedades ofrecen Budas de bronce herrumbrado, bastones tallados con forma de dragón y jarrones chinos de tamaño gigante *(por $ 600 se puede comprar uno, con flete internacional incluido).*

Por momentos el Chinatown se torna caótico, con la multitud sumida en el ruidoso arte del regateo. En medio de estridentes melodías musicales que brotan de algunos negocios, una serie sorprendente de imágenes desfila ante nosotros como en un vertiginoso zapping: langostas de mar vivas de color celeste, cangrejos rojos que atenazan el pantalón de un turista distraído, toda clase de peces "vivitos y coleando", huevos rosados, cabezas de gallina y una suculenta brochette de escarabajos que parece confirmar la teoría de que los chinos no le hacen asco a nada a la hora de la comida. También el tránsito de personajes es incesante: numerosos monjes de túnica color azafrán recorren una cuadra donde los vendedores de collares y pequeñas reliquias budistas colocan su mercancía sobre la acera. Los monjes, con ayuda de una lupa, observan la autenticidad de las piezas con suma atención antes de negociar. A un costado, un forzudo con todo el cuerpo tatuado con símbolos de la astrología china abre cocos a machetazos y, para completar la escena, un hindú con turbante rojo y poblados mostachos pasa caminando a la deriva. En el Chinatown no hay reglas preestablecidas. Y resulta de lo más natural que un negocio ofrezca videos eróticos con adolescentes y la histórica primera edición del *Libro Rojo* de Mao, apilados en el mismo estante.

LA CIUDAD SAGRADA Así como Pekín tiene su Ciudad Prohibida, Bangkok le va a la saga de cerca con su Gran Palacio y el templo del Wat Pho, un conjunto palaciego que combina una extraña mezcla de esplendor real y fe budista. La Ciudad Prohibida –en comparación– se caracteriza por sus líneas sobrias y proporciones gigantescas. En cambio, la ciudad real de Bangkok, que también está amurallada, es de tamaño más pequeño (218.400 metros cuadrados), pero estalla en obras de arte de colores blanco, dorado, naranja y turquesa. El ambiente parece extraído de un cuento de hadas y ningún otro conjunto de templos en Asia lo supera en colorido y esplendor. Estamos ante la "quinta esencia" de los templos tailandeses, sobrecargados hasta el paroxismo, con una barroca proliferación de cuadraditos multicolores de porcelana cubriendo cada centímetro de las paredes exteriores. Al ingresar a este microcosmos sagrado, el visitante queda encandilado ante tanto oro expuesto al rayo del sol, cuyos destellos se reflejan con fervor en la superficie dorada de las stupas, esos monumentos cónicos que se elevan hacia el cielo rematados en punta de aguja.

El Gran Palacio y el Templo del Buda Esmeralda fueron construidos alrededor de 1782 por orden del rey Rama I para albergar los edificios políticos y religiosos del reino. Dentro del complejo está el Wat Pho, el templo más antiguo y grandioso de los 400 que hay en Bangkok, famoso por el Buda reclinado que representa al Iluminado en el momento previo a la muerte. La estatua, de 46 metros de largo por 15 de alto, está cubierta con láminas de oro y ocupa casi todo el espacio del templo, de tal forma que ningún mortal puede verlo completo de una sola mirada.

Al salir del Wat Pho caminamos por un mundo poblado de estatuas con forma de seres mitológicos como Garuda –de origen hindú–, mitad hombre y mitad pájaro. Vamos en busca del Templo del Buda Esmeralda, que protege una imagen de jade verde que desde hace siglos es el gran imán de la ciudad. Centenares de monjes y peregrinos desfilan cada día frente a este Buda que mide apenas 75 centímetros, venerado con tal devoción que se considera que, si algo le ocurriese, todo el reino se desmoronaría. Al ingresar al templo la gente deja su calzado en la entrada y se arrodilla sobre una alfombra para ensimismarse en un apacible rezo, aromatizado con la fragancia de los sahumerios. El Buda está en lo alto de un recargado altar y de tan pequeño que es casi no se lo distingue. Con todo respeto me senté entre los fieles para compartir algo del trance espiritual en el que estaban inmersos. Pero olvidé una regla básica: nunca las plantas de los pies pueden mirar hacia el Buda. Me descubrió una indignada niña de 5 años que se paró frente a mí y me miró fijo a los ojos. Enseguida se despachó con un atronador discurso mientras agitaba sus bracitos enfatizando el regaño. Rojo de vergüenza, me puse de pie, pero la severa niña no había terminado: se interpuso en mi camino y, cuando pensé que continuaría el azote, juntó las manos en posición de rezo sobre su frente e inclinó el cuerpo hacia adelante para saludarme con indulgencia. La niña ya me había perdonado y todos los presentes debieron contener con esfuerzo la carcajada dentro del templo. En Oriente, por costumbre, no se reprende a los niños; pero nunca imaginé que los roles se invertirían de tal manera.

EL MERCADO FLOTANTE Acaso el mercado más interesante de todo Tailandia sea el Damnoen Saduak. En Bangkok hay varios mercados flotantes, pero para ver uno genuino y rebosante de vida hay que viajar 100 kilómetros al sudoeste de la capital. Desde hace un siglo, toda la actividad del Damnoen Saduak transcurre en un solo canal de 200 metros de largo por 15 de ancho. El visitante puede alquilar un bote o limitarse a comprar desde la orilla. Los tailandeses demuestran ser muy prácticos para el comercio, como aquella señora que extendió una caña desde su bote, colocando justo frente a mis narices un sombrero cónico que colgaba de la punta.

Los botes del mercado navegan abarrotados de frutas y verduras. Por momentos son tantos los que se juntan en el canal principal, que se forman verdaderos atascamientos que no van ni para atrás ni para adelante. Algunas mujeres aprovechan para conversar desde una canoa a la otra, sin quitarles los ojos de encima al arroz y al pescado que se fríen a bordo en una cocinita a gas. Pero el mercado también se extiende hacia los costados, sobre tierra firme. Allí el bullicio es constante debido a que se venden toda esa clase de aves. Entre la gente aparece un muchacho caminando de la mano de un mono y más tarde otro que lleva una gran serpiente enroscada en el cuello (el negocio es la foto y la propina).

LA VENECIA DE ORIENTE Bangkok tiene un estrecho contacto con el río. Desde sus orígenes, la ciudad fue creciendo a cada margen del Chai Phraya y por los canales aledaños. Ahora Bangkok se extiende a ambos lados del río, que se ha convertido en una suerte de avenida principal de la ciudad. El río, junto con un moderno tren que recorre la ciudad sobre una plataforma de 20 metros, son los únicos lugares no congestionados por donde transitar sin inconvenientes. Al igual que los autobuses, existen servicios de embarcaciones que recorren largos trechos con numerosas paradas. Durante la navegación desfilan a cada costado deslumbrantes templos, como el Wat Arum, que compiten en majestuosidad con esos otros "templos" junto al río –los del dinero– que se levantan en forma de rascacielos espejados y albergan algunos de los principales bancos multinacionales. Pero los contrastes llegan al extremo cuando nos cruzamos con un barco mercante de tamaño descomunal y, justo detrás, sobre la estela del gigante, viene navegando una diminuta canoa que acarrea frutas hacia un mercado flotante.

Quien desee bucear a fondo en la gran paradoja de Bangkok deberá internarse por los canales al costado del río (los klongs), que se ramifican por un sector importante de la ciudad. Para ello hay que abordar el Chao Phraya River Express en el templo Tha Wat Ratchasingkhon, unos metros al norte del puente Krung Thep. Durante el recorrido se descubre un submundo que se desarrolla a la vera del río, totalmente al margen de la modernidad. Allí la gente vive en casas de madera elevadas sobre unos troncos en el agua y también en barcos que ofician de casa-flotante. Entre los klongs, el ambiente nos remite a esas aldeas vietnamitas sobre el río Mekong que han sido el escenario de numerosas películas sobre la guerra de Vietnam. A metros de los rascacielos y las autopistas que sobrevuelan la ciudad, las aldeas de aspecto centenario prosiguen su vida apacible, con las mujeres lavando la ropa en el agua y los niños practicando sofisticados clavados en el río. Aquí ya se vislumbra una posible solución del acertijo. Esta ciudad creció de golpe, en forma desordenada y despareja. La modernidad llegó tan de repente, que no dio tiempo a que desapareciera el mundo precedente. Pero el enigma es mucho más complejo que esta primera aproximación. Así como Bangkok acarrea sobre sus espaldas un vertiginoso desarrollo económico, también lleva consigo el peso de una cultura orgullosa de no haber sido colonizada nunca a lo largo de su historia; una civilización milenaria que –cuando quiso– se nutrió de otras culturas, manteniendo hasta hoy la esencia sagrada de un misticismo que podría parecer a destiempo del mundo. Junto con la eclosión de la modernidad, llegaron a Tailandia los gigantescos shopping centers de la elegante avenida Rama I, que hacen palidecer a muchos de sus similares en Miami. Un monje de túnica naranja y sandalias de cuero hablando por teléfono celular entre los rascacielos es la imagen que resume esta contradicción. Bangkok es la rutilante capital donde conviven dos universos antagónicos que, en última instancia, exponen con claridad meridiana la gran paradoja del mundo moderno: el shopping y el mercado callejero; el transatlántico y la canoa, el caos citadino y la paz del templo; la reencarnación de las almas y la frialdad de los negocios; el altar budista en la entrada del cabaret. Son las dos caras de Bangkok... el reino de lo sagrado y lo profano.

Danzas tradicionales en el palacio real, dentro de la ciudad amurallada.

El nuevo downtown, una Los Angeles en los trópicos del sudeste asiático.

De lado, la serenidad de los budas dorados, custodiados por sus lamas.



...zcla de lo clásico, con esa vocación inmemorial muy de Oriente, con la modernidad más furiosa.

TAILANDIA *Bangkok*

...rado y profano

...l ingresar a este microcosmos sagra-...o, el visitante queda encandilado ...nte tanto oro expuesto al rayo del ...l, cuyos destellos se reflejan con ...rvor en la superficie dorada de las ...upas, esos monumentos cónicos ...ue se elevan hacia el cielo remata-...os en punta de aguja.

El Gran Palacio y el Templo del ...uda Esmeralda fueron construidos ...rededor de 1782 por orden del rey ...ama I para albergar los edificios ...olíticos y religiosos del reino. Den-...o del complejo está el Wat Pho, el ...mplo más antiguo y grandioso de ...s 400 que hay en Bangkok, famo-... por el Buda reclinado que repre-...nta al Iluminado en el momento ...revio a la muerte. La estatua, de 46 ...etros de largo por 15 de alto, está ...bierta con láminas de oro y ocupa ...si todo el espacio del templo, de ...l forma que ningún mortal puede ...rlo completo de una sola mirada.

Al salir del Wat Pho caminamos ...or un mundo poblado de estatuas ...n forma de seres mitológicos co-...o Garuda –de origen hindú–, mitad hombre y mitad pájaro. Vamos en busca del Templo del Buda Esmeralda, que protege una imagen de jade verde que desde hace siglos es el gran imán de la ciudad. Centenares de monjes y peregrinos desfilan cada día frente a este Buda que mide apenas 75 centímetros, venerado con tal devoción que se considera que, si algo le ocurriese, todo el reino se desmoronaría. Al ingresar al templo la gente deja su calzado en la entrada y se arrodilla sobre una alfombra para ensimismarse en un apacible rezo, aromatizado con la fragancia de los sahumerios. El Buda está en lo alto de un recargado altar y de tan pequeño que es casi no se lo distingue. Con todo respeto me senté entre los fieles para compartir algo del trance espiritual en el que estaban inmersos. Pero olvidé una regla básica: nunca las plantas de los pies pueden mirar hacia el Buda. Me descubrió una indignada niña de 5 años que se paró frente a mí y me miró fijo a los ojos. Enseguida se despachó con un atronador discurso mientras agitaba sus bracitos enfatizando el regaño. Rojo de vergüenza, me puse de pie, pero la severa niña no había terminado: se interpuso en mi camino y, cuando pensé que continuaría el azote, juntó las manos en posición de rezo sobre su frente e inclinó el cuerpo hacia adelante para saludarme con indulgencia. La niña ya me había perdonado y todos los presentes debieron contener con esfuerzo la carcajada dentro del templo. En Oriente, por costumbre, no se reprende a los niños; pero nunca imaginé que los roles se invertirían de tal manera.

EL MERCADO FLOTANTE

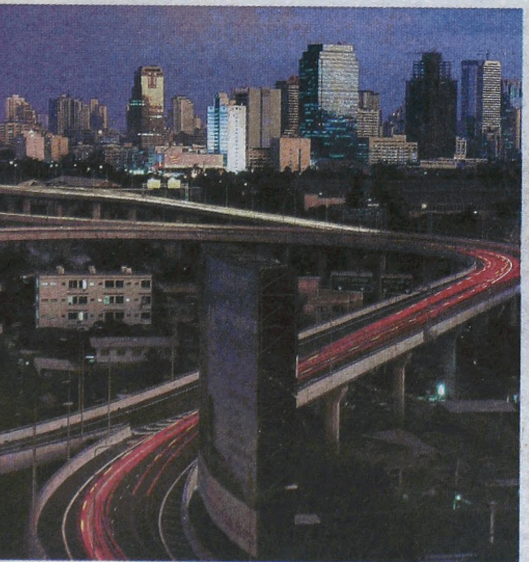
Acaso el mercado más interesante de todo Tailandia sea el Damnoen Saduak. En Bangkok hay varios mercados flotantes, pero para ver uno genuino y rebosante de vida hay que viajar 100 kilómetros al sudoeste de la capital. Desde hace un siglo, toda la actividad del Damnoen Saduak transcurre en un solo canal de 200 metros de largo por 15 de ancho. El visitante puede alquilar un bote o limitarse a comprar desde la orilla. Los tailandeses demuestran ser muy prácticos para el comercio, como aquella señora que extendió una caña desde su bote, colocando justo frente a mis narices un sombrero cónico que colgaba de la punta.

Los botes del mercado navegan abarrotados de frutas y verduras. Por momentos son tantos los que se juntan en el canal principal, que se forman verdaderos atascamientos que no van ni para atrás ni para adelante. Algunas mujeres aprovechan para conversar desde una canoa a la otra, sin quitarles los ojos de encima al arroz y al pescado que se fríen a bordo en una cocinita a gas. Pero el mercado también se extiende hacia los costados, sobre tierra firme. Allí el bullicio es constante debido a que se venden toda esa clase de aves. Entre la gente aparece un muchacho caminando de la mano de un mono y más tarde otro que lleva una gran serpiente enroscada en el cuello (el negocio es la foto y la propina).

LA VENECIA DE ORIENTE

Bangkok tiene un estrecho contacto con el río. Desde sus orígenes, la ciudad fue creciendo a cada margen del Chai Phraya y por los canales aledaños. Ahora Bangkok se extiende a ambos lados del río, que se ha convertido en una suerte de avenida principal de la ciudad. El río, junto con un moderno tren que recorre la ciudad sobre una plataforma de 20 metros, son los únicos lugares no congestionados por donde transitar sin inconvenientes. Al igual que los autobuses, existen servicios de embarcaciones que recorren largos trechos con numerosas paradas. Durante la navegación desfilan a cada costado deslumbrantes templos, como el Wat Arum, que compiten en majestuosidad con esos otros "templos" junto al río –los del dinero– que se levantan en forma de rascacielos espejados y albergan algunos de los principales bancos multinacionales. Pero los contrastes llegan al extremo cuando nos cruzamos con un barco mercante de tamaño descomunal y, justo detrás, sobre la estela del gigante, viene navegando una diminuta canoa que acarrea frutas hacia un mercado flotante.

Quien desee bucear a fondo en la gran paradoja de Bangkok deberá internarse por los canales al costado del río (los klongs), que se ramifican por un sector importante de la ciudad. Para ello hay que abordar el Chao Phraya River Express en el templo Tha Wat Ratchasingkhon, unos metros al norte del puente Krung Thep. Durante el recorrido se descubre un submundo que se desarrolla a la vera del río, totalmente al margen de la modernidad. Allí la gente vive en casas de madera elevadas sobre unos troncos en el agua y también en barcos que ofician de casa-flotante. Entre los klongs, el ambiente nos remite a esas aldeas vietnamitas sobre el río Mekong que han sido el escenario de numerosas películas sobre la guerra de Vietnam. A metros de los rascacielos y las autopistas que sobrevuelan la ciudad, las aldeas de aspecto centenario prosiguen su vida apacible, con las mujeres lavando la ropa en el agua y los niños practicando sofisticados clavados en el río. Aquí ya se vislumbra una posible solución del acertijo. Esta ciudad creció de golpe, en forma desordenada y despareja. La modernidad llegó tan de repente, que no dio tiempo a que desapareciera el mundo precedente. Pero el enigma es mucho más complejo que esta primera aproximación. Así como Bangkok acarrea sobre sus espaldas un vertiginoso desarrollo económico, también lleva consigo el peso de una cultura orgullosa de no haber sido colonizada nunca a lo largo de su historia; una civilización milenaria que –cuando quiso– se nutrió de otras culturas, manteniendo hasta hoy la esencia sagrada de un misticismo que podría parecer a destiempo del mundo. Junto con la eclosión de la modernidad, llegaron a Tailandia los gigantescos shopping centers de la elegante avenida Rama I, que hacen palidecer a muchos de sus similares en Miami. Un monje de túnica naranja y sandalias de cuero hablando por teléfono celular entre los rascacielos es la imagen que resume esta contradicción. Bangkok es la rutilante capital donde conviven dos universos antagónicos que, en última instancia, exponen con claridad meridiana la gran paradoja del mundo moderno: el shopping y el mercado callejero; el transatlántico y la canoa, el caos citadino y la paz del templo; la reencarnación de las almas y la frialdad de los negocios; el altar budista en la entrada del cabaret. Son las dos caras de Bangkok... el reino de lo sagrado y lo profano.



...l nuevo downtown, una Los Angeles en los trópicos del sudeste asiático.



De lado, la serenidad de los budas dorados, custodiados por sus lamas.

Un paseo por las nubes

Desde Salta, el Tren de las Nubes permite descubrir los increíbles paisajes de la Puna y las obras de ingeniería de una de las vías férreas más altas del mundo, que tomó décadas construir. La temporada, que se extiende hasta noviembre, acaba de comenzar.

POR GRACIELA CUTULI

El viaje empieza con una de esas escenas que parecen armadas para el cine. En una estación, al alba, un tren se prepara para partir. Los pasajeros buscan sus vagones, pasajes en mano, y se abren paso entre vendedoras de hojas de coca, de agua mineral, de diarios y de recuerdos, mientras en un rincón, frente al andén, dos músicos tocan temas folklóricos con guitarras. La película se repite todos los sábados, y tiene como telón de fondo a la Puna argentina, un telón infinito hecho de montañas multicolores, de pueblos olvidados por el avance del tiempo y de un cielo siempre azul.

El tren sale antes de las siete de la mañana, cuando el sol no se ha levantado aún. Por las ventanas se distinguen apenas las masas negras de las chacras de las afueras de Salta capital. En los vagones, el té de coca acaba de despertar a los pasajeros, mientras los guías hacen sus comentarios en español, inglés y francés, y algunas veces también en alemán, portugués e italiano. Se habla de la Puna, del ramal y su historia, y de las primeras estaciones que aparecen en este increíble viaje que llevará alrededor del mediodía del otro lado de las nubes, a más de 4000 metros de altura.



Uno de los impresionantes puentes del tren construido entre 1911 y 1948.

UNA HAZAÑA SOBRE RIELES Cuando el tren llega a Campo Quijano, el sol ya apareció tímidamente por detrás de los cerros. Ahí arriba, en la Puna, es de día desde hace ya un buen rato: a diferencia del tren de carga que sigue el mismo recorrido desde Salta hasta Chile por el paso de Socompa, el Tren a las Nubes llega solamente hasta el Viaducto de La Polvorilla y no se para en ninguna de las estaciones del recorrido, excepto en San Antonio de los Cobres, cuando regresa del Viaducto.

Por los parlantes, los turistas se enteran de que el ramal fue construido a lo largo de varias décadas (en 1911 llegó a Campo Quijano y en 1948 a la frontera chilena), y que su trazado se debe a un ingeniero americano, Richard Fontaine Maury. Las mayores hazañas son los dos zig-zags y los dos rulos de la vía, sin hablar del Viaducto de La Polvorilla, que es todo un monumento en sí. El ramal no puede superar una pendiente de más de 25 grados, por lo cual se hubiera necesitado una cremallera: en lugar de eso, los zig-zags se repiten dos veces, y en una misma estación las vías suben hacia adelante, hacia atrás y adelante otra vez, formando una Z en el flanco de la montaña. El tren gana así unos 50 metros de altura en un mismo lugar. En cuanto a los rulos, las vías hacen ni más ni menos que un círculo completo alrededor de una montaña y pasan por encima de sí mismas a varias decenas metros de altura de diferencia. Se llega así hasta los 4200 metros, sobre el viaducto La Polvorilla, una excepcional obra de ingeniería perdida en medio del silencio de la Puna. El tren avanza lentamente para que cada uno pueda disfrutar el espectáculo desde su ventanilla.

Ya en un promontorio rocoso, al borde del puente, pobladores de San Antonio de los Cobres (que está a unos pocos kilómetros) instalaron una especie de mercado artesanal improvisado. Cada sábado, este mercado es tanto una manera de recibir ingresos como de ver nuevas caras en un mundo excepcionalmente aislado. El ramal es, entonces, como un cable que los conecta con el resto del mundo, ese mundo que vive varios miles de metros más abajo que ellos, y que parece igualmente lejano en el tiempo.

DATOS UTILES

Un tren de servicios

Precio del boleto: precio del boleto $ 105 por persona. Reservas e informes en Salta. Caseros 431, Tel.: 0387-4314984. En Internet: www.trenubes.com.ar

Servicios a bordo: estafeta postal de Correo Argentino (precio sin recargo, franqueo con matasellos oficial del tren), minibar panorámico, vagón restaurante ($15 el almuerzo), atención médica con oxígeno.

Movitrack: en lugar de regresar a bordo del tren (por las mismas vías y durante un viaje que se hace en su mayoría de noche, animado por músicos folkloristas), se puede regresar a bordo de una camioneta 4x4, el Movitrack, para volver más rápidamente y hacer una parada en las ruinas de Tastil. Informes en Salta: Buenos Aires 68, Tel.: 0387-4316749. En Internet: www.movitrack.com.ar